

· "Dominical" del diario "El Comercio". Lima, 12 de junio de 1994

Sandro Mariátegui **Mi padre era muy optimista y alegre**

Sara Beatriz Guardia

La historia de un hombre, también se mide en sus pasos cotidianos, aquellos que transcurren en el ámbito privado lejos del trajín de la calle y de la algarabía. En un intento de reconstrucción de ese lugar íntimo, entrevistamos a Sandro Mariátegui, cuyos recuerdos y anécdotas, nos hablan del padre y del extraordinario pensador que fue José Carlos Mariátegui.

¿Cómo transcurrían los días en la casa paterna? ¿Cuál era su rutina?

Mi padre era un hombre autodisciplinado, muy trabajador. Se levantaba temprano, a las 7 y media ya estaba afeitado. Tomaba desayuno y se ponía a trabajar. Desde su despacho una de las primeras cosas que hacía era llamar a la imprenta Minerva, al número 4643, que había que pedir a la Central Telefónica. Conversaba con su hermano Julio César; con el regente del taller el señor Polanco, quien le enviaba las pruebas de Amauta. Diseñaba las pautas con gran rapidez y facilidad. El diagramado de Amauta era espléndido, hasta ahora se admira. Nunca se contrató a ningún diagramador. Le preparaban en la Imprenta hojas del tamaño de Amauta, y en ellas trazaba líneas y títulos con gran soltura y precisión. Durante la mañana también atendía su correspondencia. Cuando su salud era delicada le dictaba algunos documentos a su mecanógrafo, el Sr. Solano, aún cuando no le gustaba dictar, él prefería escribir. En una oportunidad, mi madre entró a su despacho y lo encontró escribiendo a máquina y Solano a su lado, con un matamoscas en la mano. Mi madre protestó y le increpó al mecanógrafo su falta de colaboración. También atendía a Antonio Navarro Madrid que era secretario de mi padre y ayudaba en la administración de Amauta. Almorzábamos a las doce y media y echaba una pequeña siesta en su silla de ruedas que era plegable. Luego de la siesta leía o escribía hasta las 6 media, hora en que llegaban los amigos a conversar de cuestiones de política, literatura y arte. Cuando se prolongaban las visitas, a eso de 8:45 mi madre hacía una discreta entrada en la sala como diciendo, terminó la visita, y a los dos o tres minutos todos se despedían.

¿Quiénes visitaban con mayor frecuencia la casa de Washington?

Generalmente venían José Sabogal con María Wiese, Carmen Saco, Estuardo Núñez casi siempre con Xavier Abril o con Martín Adán. Con frecuencia César Miró llegaba acompañado de Juan Devéscovi y de Bullen Pardo. Visitante era también Blanca Luz Brun, poetisa uruguaya, viuda de Juan Parra del Riego. Iba Carlos Manuel Cox siempre acompañado de Manuel Vásquez Díaz, Luis Alberto Sánchez, las hermanas Alicia y Celia Bustamante, los hermanos Blanca, Julio y Jorge del Prado. Enrique Bustamante y Ballivián, Pedro Bustamante y Santistevan, que una noche, discretamente llevó a Sánchez Cerro. También el poeta José María Eguren, el escritor

José Diez Canseco, Jorge Falcón, todavía muchacho que se ponía a jugar con nosotros; y muchos otros más que sería largo mencionar.

¿Entre ellos había alguien en particular con el que se sentía más a gusto Mariátegui?

Tenía un trato cordial hacia todos, pero con quienes más conversaba era con Ricardo Martínez de la Torre, con José Sabogal, que era el gerente y director artístico de Amauta; con Hugo Pesce, amigo dilecto y muy querido. Hugo Pesce me contó que cuando regresó de estudiar en la Universidad de Génova, ya graduado como médico, leyó en Mundial y en Variedades, algunos artículos firmado por un tal José Carlos Mariátegui, sobre problemas europeos. Le llamó la atención lo bien tratado que era el tema y lo primero que pensó era que podría ser de alguien que recibía revistas europeas o que traducía algún artículo o los copiaba. Pero conforme fue pasando el tiempo y seguía leyendo esos artículos, notó que había unidad de estilo, y que no podían ser de una persona que solamente los copiara. Eso se lo comentó a su padre el Dr. Luis Pesce, diciendo; ¡Ojalá que el Perú tenga un escritor de tan altas calidades!. Pasaron algunos meses y, de pronto, el Dr. Luis Pesce le dice a su hijo Hugo: -¿a que no sabes a quien tengo de inquilino en la Quinta de Reposo de Chosica? A José Carlos Mariátegui. Hugo fue ese domingo a conocer a Mariátegui en la Quinta de Reposo y lo encontró tomando un baño de sol. El encuentro fue a las 10 de la mañana y se prolongó hasta las 6 de la tarde. Almorzaron juntos y se hicieron grandes amigos.

¿Y cuál era la relación más cercana familiar de Mariátegui?

Los domingos iba a almorzar mi tío Julio César, que de allí pasaba al hipódromo y regresaba después de las carreras. Se llevaba muy bien con su hermano. También venía nuestra abuela, su madre, con quien mantenía una relación muy afectuosa, ella adoraba a mi padre, y mi tía Guillermina que le tenía una gran admiración y cariño, tanto que mi tía Guillermina murió seis meses después de mi padre. Padecía cáncer, pero indudablemente precipitó su muerte la pena que sintió por la muerte de José Carlos.

En algunos de sus escritos Mariátegui refleja su gusto por el cine y por Chaplin, ¿iba a menudo al cine?

A mi padre le gustaba mucho el cine. Aunque no iba con frecuencia por su dificultad física. Una vez lo acompañé a ver "En pos del oro" en el cine Bolognesi, una pequeña sala que estaba en la calle Chota, a la vuelta de Washington. El iba en silla de ruedas y ocupó un palco, donde era fácil retirar las butacas y ubicar la silla de ruedas. ¡Cómo reía, cómo festejaba a Chaplin!. Después los comentarios que hacía en la casa, cuando le contaba algunas escenas a mi mamá y a mi abuela. Yo recuerdo haber ido a ver dos películas con mi padre, una "En pos del oro" y la otra fue una película rusa, que recuerdo vagamente y cuyo título era algo así como la capitana del batallón de la muerte, con escenas de multitudes, película muda que no comprendí mucho. Otro recuerdo que tengo grabado es el concierto del pianista argentino, Héctor Ruiz Díaz, en el General de San Marcos. Entramos al General de San Marcos en el momento que Ruiz Díaz iba a iniciar su recital, se estaba acercando al piano, cuando entra mi padre por la puerta posterior. Los estudiantes lo reconocen y estallaron en una estruendosa ovación. Ruiz Díaz pensó que la ovación era para él y entonces hizo una profunda

venía, pero cuando levantó la cabeza, vio que la gente miraba hacia atrás. Se dio cuenta que mi padre estaba al fondo. Entonces el también se sumó a los aplausos. Después del concierto, se acercó Ruiz Días a saludarlo con varias personas y una gran cantidad de alumnos, hasta que los jóvenes tomaron la iniciativa de levantar la silla y llevarlo en hombros hasta la casa de Washington. Desde San Marcos a la casa fue un recorrido bullicioso con vivas y aplausos. Yo iba de la mano de Nomi y mi padre estaba muy preocupado por mí. A Nomi le decía ¡no sueltes al chico! Nomi era la novia de Miguel Adler, una pareja de estudiantes judíos que querían mucho a mi padre.

También Mariátegui iba a menudo a la playa de la Herradura ¿no es así?

Mi padre tomaba baños de arena. En esa época estaba de moda la fisioterapia. El Dr. Hugo Pesce, que era uno de los especialistas, le había recomendado que se diera baños de arena. Entonces mi padre se enterraba medio cuerpo y tomaba sol. Así pasaba media hora conversando. Era muy alegre y siempre tenía temas de conversación. Después del baño de arena, tomaba el sol y lo sentaban en la orilla del mar, donde esperaba las olas. Muchas veces me tomaba de las manos y me hacía zambullir.

¿Cómo nace Minerva?

Cuando mi padre viajó a Europa, su hermano, mi tío Julio César, se fue a trabajar a Huaral donde puso una imprenta y fundó un periódico que se llamó La Voz del Valle. Pero al retornar mi padre a Lima animó a su hermano que viniera a trabajar a Lima. Julio César empieza a hacer los preparativos cuando sobreviene la crisis de salud y la amputación de la pierna. Es durante su convalecencia en Leuro que se concreta la instalación de "Minerva" en Lima. Incluso mi tío Julio, para animar a mi padre, le traía los catálogos de las maquinas y de los tipos de imprenta que debía comprar. El nombre de "Minerva" se lo puso mi padre, y escogió el logotipo que dibujó un amigo suyo, el artista Goyburu, que es el mismo logotipo que tiene hasta ahora. "Minerva" se funda el 31 de octubre de 1925, en la calle Sagástegui, 669, que es hoy la avenida Abancay. El primer libro que editó "Minerva" fue, además, la *Escena Contemporánea*, que se hizo todavía a caja, con tipos sueltos. Dos años después de la fundación de "Minerva" se adquirió el linotipo. En "Minerva" se imprimió además de la *Escena Contemporánea*, su segundo libro, *7 Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana*. Todos los números de Amauta del 1 al 32, la colección Labor. También se publicó el *Nuevo absoluto* de Mariano Iberico Rodríguez. Una traducción de la novela *Kira Kiralina* de Panait Istrati que tenía éxito entonces en Europa, un libro de Waldo Franck que creo que tradujo Eugenio Guerra, libros de José Antonio Encinas, poemas de Serafín del Mar, Magda Portal, Blanca Luz Brun. Se editó la revista "Perricholi" que dirigía Ezequiel Balarezo Pinillos, y el periódico "Buen Humor" de Leonidas Rivera. Me contó mi tío Julio César que en una oportunidad mi padre le dijo que la situación política era delicada y que el régimen de Leguía podía caer en cualquier momento, por lo cual era necesario estar preparados para publicar un periódico que orientara al país. Mi tío Julio le respondió que requerían de otro linotipo. "Entonces anda pensando como conseguir ese otro linotipo", le dijo Mariátegui. Julio César habló con un amigo suyo, don Juan La Cotera, que tenía una imprenta y que le ofreció los servicios de otro linotipo.

¿Soportó muchos dolores Mariátegui?

Durante las crisis tenía dolores. Creo que los médicos que lo atendieron se excedieron en la cirugía. Mi tío Julio cuenta que el Dr. Enrique Encinas, que era médico amigo de la familia, llegó del extranjero cuando mi padre ya estaba grave en la Clínica Villarán, y fue a visitar a Julio César para enterarse del estado de su salud. Preguntó quienes eran los médicos que lo atendían y mi tío le extendió un boletín que editaba "Minerva" para informar de su salud y donde estaban los nombres de los médicos que lo atendían. Leyó: Carlos Roe, Fortunato Quesada, Villarán, Pesce, etc. Entonces Encinas hizo este comentario: "Muchos cirujanos, pocos médicos". Efectivamente, le hicieron muchas operaciones, por lo menos desde que le amputaron la pierna, una por año. Creo no menos de cinco operaciones. Por eso pienso que mi padre fue en los primeros días de abril a la Clínica Villarán, pensando que era otra de las tantas crisis ya sufridas.

Para alguien que durante años soporta dolores, crisis y varias operaciones, debiera ser normal que se queje, que se lamente de su suerte.

Todo lo contrario. Mi padre era un hombre muy optimista y alegre. Parecía que no le daba importancia a su dolencia física; tenía un gran sentido del humor, siempre reía y hacía bromas.

¿Qué significó para ustedes, la muerte de José Carlos Mariátegui?

Significó una tragedia. Sentimos el gran vacío de su desaparición. El gran vacío que dejó en la casa era inmenso. Claro que recibimos atenciones de la gente, de los amigos. Recuerdo que una vez estando en el colegio, en el Anglo Peruano, en primero de primaria, me llamaron a la Dirección. Yo salí asustadísimo de la clase. Cuando entré a la Dirección me encontré con Felipe González Prada, que cursaba el quinto de media y a quien conocía porque tenía el cargo de prefecto entre los alumnos mayores. En la sala antigua estaba el director, Dr. Renmich con unos señores ingleses a quienes les dijo: En este colegio estudian el nieto de Manuel González Prada y el hijo de José Carlos Mariátegui. A pesar de que estábamos pequeños, nos dimos cuenta que mi padre era una figura extraordinaria por los comentarios y elogios que escuchábamos. Recuerdo una actuación en el Teatro Municipal en homenaje a Mariátegui, donde hablaron el poeta José Gálvez, Luis Alberto Sánchez, y otras personas ante un público que aplaudió calurosamente.

Toda la obra de Mariátegui ha sido difundida por sus hijos. ¿Cuál fue el impulso para esta acción?

Esa fue la gran preocupación de mi madre, que hemos correspondido. Ella siempre decía: "cuando ustedes sean grandes publicarán la obra de su padre". La segunda edición de los 7 Ensayos la imprimí en 1943; ya que la primera había desaparecido de las librerías. La edición que hizo Enrique Bustamante Ballivan en 1934, estaba trunca y no circuló porque le faltaba el ensayo "El Proceso a la literatura". El año 1943, estando yo en la Universidad, hice la segunda edición con ayuda de mi tío Julio Cesar. Fue una edición de cinco mil ejemplares. Pero la venta era muy lenta, tardó ocho años en agotarse. La tercera edición se hizo en 1952, con un formato más pequeño, manteniendo la carátula de Julia Codesido. Pero es ahí donde me di cuenta que la

única manera de difundir, como nosotros deseábamos la obra de mi padre, era haciendo ediciones de gran tiraje y bajo costo. Así publiqué la primera edición popular de 7 Ensayos en 1957, cincuenta mil ejemplares, formato pequeño y encuadernación con cola elástica que se vendió a tres soles el ejemplar, toda la edición en un año utilizando stands en el Parque Universitario y en otros parques no sólo de Lima, sino de Chiclayo, Piura, Trujillo, Ica y Arequipa. La segunda edición popular se hizo al año siguiente. 7 Ensayos ha llegado ya a la edición número 60, de las cuales 37 se han publicado en el Perú y 23 en el extranjero.